

Seminario en el Espíritu



Este seminario está escrito y basado en el libro de LA VUELTA AL MUNDO SIN MALETA, por el PADRE TARDIF y J. H. PRADO FLORES editado por Ediciones PAULINAS para pedir LIBROS del Padre Tardif escribir a: San Pablo o Ediciones Paulinas

Muchos hemos oído hablar de la renovación carismática y como se extiende por muchos países, hoy día esta en 144 países de todo el mundo, ¿porque mientras las iglesias están vacías y muchas personas buscan la paz la alegría el fervor fuera de ellas?. Mientras la renovación convoca multitudes, se han dado retiros hasta de 65.000 personas, ¿donde está la fuerza que atrae a las personas?, y que experimentan una nueva vida de gracia, que conmueve corazones, y arrima a ellas hacia ese Dios que nos ama con infinita misericordia?.

La respuesta es muy simple la palabra de Dios, que se predica con la fuerza de Espíritu Santo, que hace transformar vidas, salvar cuerpos y almas de los hijos de Dios.

La renovación anuncia a Jesús que está vivo, con la fuerza del Espíritu Santo.

Para conocer la renovación nos hace falta probarla, recibir el bautismo en el espíritu, que nos lleva a tener un encuentro personal con Cristo Resucitado.

Nadie es capaz de describir esta renovación carismática, es una fuerza que viene del Espíritu santo, El la sostiene.

Muchos critican la alegría y la espontaneidad de los grupos de oración, otros opinan que exageramos que estamos locos, locos si pero por Jesucristo, pero lo que está claro es que ningún movimiento religioso ni nada parecido se ha extendido por todo el mundo, con la rapidez que lo ha hecho la renovación carismática, habiendo miles de grupo por todas las naciones, que se reúnen semanalmente para alabar a Dios, dándole gracias, y proclamándole Creador y salvador nuestro

El amor de Dios

El centro y el culmen de la experiencia del Espíritu radica en que Dios es amor y nos ama con amor de Padre.

Tenemos que convencernos, que solo el amor puede transformar este mundo corrompido por la droga el alcohol el sexo, etc.

Y con amor se va a santificar la Iglesia, Con amor cambiarán las estructuras injustas, cambiará nuestro corazón y entonces Cristo reinará en medio de nosotros.

La verdad del cristianismo es que Dios es todo poderoso, creador del Cielo Y Tierra, es un Padre amoroso que ha tejido la historia de cada ser humano con el hilo conductor de su amor incondicional y eterno. " como se apiada un padre de su hijo, así se apiada el de sus amigos" (Salmo 103,13).

Dios toma la iniciativa.

En esto consiste el amor: no en que nosotros hallamos amado a Dios, sino que Dios nos ha amado a nosotros (1 Jn 4,10). Jesús manifestaba el rostro misericordioso del amor de Dios. Cuando una persona se sentía amada así, no podía resistir y cambiaba su vida.

Había una mujer cuya mala reputación se había extendido por toda Galilea. Los hombres la buscaban en la oscuridad del prostíbulo, pero la despreciaban en la claridad del día. Quienes a ella se acercaban, la usaban como juguete pasajero, caricaturizando el amor. Nadie la amaba, ni ella tampoco amaba a ninguno. Sus afectos eran farsa y mero interés comercial.

Pero un día llegó a su vida un hombre que anunciaba el amor incondicional de Dios para los pecadores. Ella creyó inmediatamente en Él y se presentó en casa de Simón el fariseo, donde el Mensajero de buenas noticias estaba reclinado en la mesa. Se acercó por atrás y comenzó a acariciar los pies del Maestro. Ante la admiración y el escándalo de los comensales, Jesús no la rechazó como lo hubiéramos hecho nosotros; al contrario, colocó cariñosamente la mano sobre la cabeza de ella.

Entonces empezaron a correr abundantes lágrimas de ese corazón que no había recibido sino desprecios.

Rompió luego su frasco de alabastro donde guardaba un exquisito perfume de nardo puro, y comenzó a ungir los pies del Señor. Sin darse cuenta, por la humedad de sus ojos, sus lágrimas también empaparon al Maestro. Con su seductora caballera que la había servido como instrumento para conquistar clientes, comenzó a secar los pies bañados en lágrimas del amor verdadero.

El Maestro no se resistía, a pesar de las críticas de los que se creían mejores que ella. A Través de esta aceptación incondicional, ella experimentó el amor salvífico de Dios. Jesús le mostró cuánto la amaba Dios y, porque la amaba, le perdonaba y restablecía.

Esta experiencia del amor que perdona cambió su vida, y fue capaz de transformar toda su historia.

Dios toma siempre la iniciativa es Él quien nos alcanza a nosotros.

Amor incondicional y estable.

"Vacilarán los montes, las colinas se conmoverán, pero mi amor hacia ti no desaparecerá" (Isaías 54,10). ¿ Puede acaso una mujer olvidarse del niño que cría, no tener compasión del hijo de sus entrañas?. Pues aunque ella lo olvidara yo no me olvidaría de ti (Isaías 49,15).

Cuando una persona se siente amada incondicionalmente por Dios, no puede resistir tanta ternura, y toda su vida e historia cobran sentido para poder recomenzar con un nuevo nacimiento, no importa el punto donde haya caído.

Plan maravilloso para cada uno

Dios tiene un plan maravilloso para cada uno de nosotros: hacernos pasar de las tinieblas a la luz admirable, participándonos su vida divina, para que vivamos desde ahora como hijos suyos.

Dios tiene poder para realizar todas las cosas incomparablemente mejor de lo que nosotros podemos pedir o pensar, conforme al poder que actúa en nosotros (Ef.3,20).

La vida de alguien sólo cambia y se transforma, cuando encuentra un amor incondicional y permanente fiel. Sin embargo, nuestro corazón está hecho con sed de infinito y solo puede ser llenado por el amor de Dios. Con razón, san Agustín afirmaba: " Nos hiciste Señor para ti, nuestro corazón estará insatisfecho hasta que no descansa en ti".

Dios es amor y nos ama no porque nosotros seamos buenos, sino porque el bueno es Él. Dios no te pide tanto que lo ames, sino que te dejes amar por Él. El ha tomado la iniciativa y antes de que tú puedas hacer algo por Él, Él ya te amaba de manera incondicional.

El amor no consiste en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó primero (1Jn 4,10).

El salmista nos reta, diciendo: "Probad y ved qué bueno es el Señor, dichoso el que se acoge a Él". Dios nos invita a probar su amor y misericordia.

El pecado.

Fuimos hechos por y para el amor. Sin embargo nuestro problema comienza cuando nos alejamos de la fuente del amor, para seguir nuestros propios caminos.

Quien se aparta de la vida, no puede encontrar sino muerte. La peor enfermedad del hombre se llama pecado, porque todo el que comete pecado es un esclavo (Juan 8,34), cuya consecuencia lógica es la muerte (Rom 6,23), ya que todo aquel que siembra en la carne, cosecha corrupción (Gál 6,8).

El pecado es como una coraza que no nos permite experimentar el amor de Dios. Básicamente consiste en creernos más a nosotros mismos y nuestros medios, que a los caminos de Dios. Es una rebeldía que nos lleva a independizarnos de Dios, y por tanto a no experimentar su amor salvífico, pues nos separa de los demás y divide nuestro interior. Más que hacer cosas malas o prohibidas, se trata de una actitud de rebeldía frente a Dios, alejándonos de su presencia y de sus caminos. "Porque todos pecaron y están privados de la gloria de Dios" (Rom 3,23).

En cuanto a Adán y Eva, que nos representan a cada uno de nosotros, se alejaron de Dios, experimentaron su desnudez y fueron expulsados del paraíso, que simboliza la felicidad a la cual Dios nos había llamado. El pecado es el origen de todos los males que aquejan a la humanidad.

No podemos salvarnos por nosotros mismos.

No podemos salvarnos por nuestras propias posibilidades y obras buenas. Nadie se puede justificar por sí mismo. Se trata de una sombra, de la cual es imposible separarse por las fuerzas humanas.

El ser humano está profundamente incapacitado para alcanzar la vida eterna. Herido por el pecado, no puede retornar al paraíso perdido. El hombre no se puede redimir por sus propios medios.

El pecado es un gran obstáculo, pero el peor problema es no admitirlo. Quien no lo admite, no puede experimentar el perdón.

Pero el que lo reconoce, se dispone a recibir la salvación, como lo podemos ver en estos dos casos del evangelio.

Un fariseo y un publicano subieron al templo a orar. El fariseo, puesto de pie al frente, comenzó a jactarse de todas sus buenas obras, declarándose mejor que el publicano que estaba arrodillado en la parte posterior del templo, el cual se confesaba pecador y solicitaba la clemencia divina. Jesús afirmaba que éste, y no el fariseo que no sólo se sentía bueno sino mejor que el otro, fue justificado por Dios.

El ladrón crucificado al lado izquierdo de Jesús quería su salvación, pero en ningún momento reconoció su pecado. Se quería aprovechar de Jesús, pero sin aceptar que era pecador y merecedor de la muerte.

No se trata de sentirse acusado de los pecados cometidos, sino de tener la absoluta conciencia de la propia incapacidad para salvarse. Los hechos muestran la verdad de lo que decimos.

Es andar por muchos caminos, pero sin ninguna meta. No hay peor cosa que caminar sin avanzar, y esas son las sendas de la perdición. Son laberintos sin salida, que cuanto mas buscas, mas te desesperas y te hundes en las arenas movedizas de tus propias limitaciones. Que razón tiene Dios cuando se queja: "Me han abandonado a mí, la fuente de agua viva para excavar, algibes agrietados que no retienen agua" (Jer 2,13).

Cada día estoy mas maravillado de lo que el espíritu Santo puede hacer en nuestras vidas, por el poder de la sangre preciosa de nuestro Señor Jesucristo. El Señor se manifiesta en múltiple formas cuando decidimos ponernos en sus manos.

Verdaderamente nuestro Dios se muestra maravilloso con los pecadores que están dispuestos no a pagar por su pecado, sino que se abren para ser perdonados por el amor infinito de Dios.

El pecado es el origen de todos los males que aquejan al mundo. Sin embargo el principal problema es no reconocerlo, porque entonces no buscamos la salvación, puesto que no creemos necesitarla. Por eso Jesús aclaran a todos los que se creen buenos: " Si fuiseis ciegos, no tendríais culpa; pero como decís que veis, seguís en pecado" (Jn 9,41).

Así como el hijo pródigo entró dentro de sí, reconoció el amor de su padre y decidió regresar donde él, lo único que Dios está esperando es que reconozcamos nuestro pecado, sin excusas ni justificaciones, para perdonárnoslo. Que simplemente le digamos:

" Pequé contra ti y quiero regresar otra vez a tu casa:..".

Quien se reconoce necesitado de salvación está a la puerta de encontrarla. Así como sólo se puede encender una vela si está apagada, así también sólo puede brillar la luz de la salvación en quien reconoce que está en la oscuridad del pecado y que necesita esa luz.

Para concluir, diríamos que sólo hay un pecado que Dios no puede perdonar: el que nosotros no reconocemos y queremos excusar, el pecado cuyo precio queremos pagar nosotros mismos con una buena obra. El único pecado que Dios no perdona es aquel del cual nosotros no le pedimos perdón.

Sólo basta confesarnos pecadores delante de Dios, para experimentar el perdón salvífico. Aceptar que somos incapaces de salvarnos por nosotros mismos, y entregarnos como estamos en las manos de Dios, que no quiere la muerte del pecador.

La salvación en Cristo Jesús

Nuestro Dios sale al encuentro del hombre para redimirlo.

El está mucho más interesado en salvarnos, que nosotros mismos.

Como ya entregó a su propio hijo, no está dispuesto a que se desaproveche su sangre preciosa, y entonces busca al hombre para traerlo a la cruz de Cristo Jesús, donde ha realizado, de una vez para siempre la salvación del hombre.

La causa del sufrimiento del mundo entero está en el corazón del hombre. La falta de amor es origen de todos los problemas.

Jesús ha venido a salvar al hombre completo. Él es la única alternativa cuando las puertas se cierran. Solo Él puede hacer lo que resulta imposible para los hombres. Cuando alguien ha llegado al límite de sus posibilidades y ya no tiene solución su problema, siempre queda una: La persona de Jesús.

El señor además de sanarnos del pecado nos da fuerzas para vencerlo. Cambia el corazón del hombre y nos hace desear las cosas de arriba en vez de las de la tierra.

Si recurrimos con Fe a Él, el nos transforma nuestra vida, pues el vino para eso para que tuviéramos vida y la tengamos en abundancia. Dios no quiere que sus hijos vivan atados a las esclavitudes de este mundo. Para ello nos envía la fuerza del Espíritu Santo, para que seamos en Él, mas que vencedores en las batallas y luchas de este mundo.

Como el hombre por su pecado era incapaz de retornar al paraíso perdido, Dios tomó la iniciativa y vino al hombre: " Tanto amó Dios al mundo que dio a su único hijo, para que quien crea en Él no perezca sino que tenga vida eterna."

Y lo mas maravilloso es que no lo envió a los justos y buenos, sino a los que estábamos enemistados con Él a causa de nuestro pecado: " El Hijo del hombre ha venido a buscar lo que estaba perdido" (Lucas 3,16).

Esta es la buena noticia para todos los hombres: tenemos un buen pastor, capaz de dejar noventa y nueve ovejas e ir a buscar la oveja perdida. Quien viene a Él, no es echado fuera (Juan 19,10).

Ni condenado, sino que obtendrá la luz de la vida, porque Él es el camino, la verdad y la vida. En vez de castigarnos, ha pagado la deuda que teníamos por motivos de nuestra rebeldía. Ahora ya estamos en paz con Dios, pues nuestra cuenta fue saldada por la muerte y resurrección de Cristo Jesús. El pagó en la cruz el precio de nuestro pecado, y nos alcanzó el perdón de Dios por su sangre preciosa. Por su muerte y resurrección, somos libres del pecado y de la muerte. Ya no pesa ninguna condenación para los que están en Cristo Jesús. Murió no solo por ti, sino en vez de ti. El salario del pecado es la muerte (Romanos 6,23).

Jesús asumió esa muerte que cada uno de nosotros merecía por su pecado, pagando por su propia vida.

Sin embargo, Jesús no fue enviado solamente a librarnos del nudo del pecado, sino ante todo para comunicarnos la vida de Dios, para que viviéramos como hijos y herederos de todas las bendiciones celestiales. "Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia" (Juan 10,10).

Al tercer día Dios resucitó a Jesús de entre los muertos, para nunca más morir. ahora como Pontífice soberano, ofrece su vida de resucitado a todos los que crean en Él. Ha sido glorificado por Dios, llenado de Espíritu Santo y constituido Señor. Lleno de poder en el cielo y en la tierra, para que a su Nombre se doble toda rodilla y se sometan las potestades celestiales.

Jesús posibilita la salvación en cada ámbito de la vida humana. No existe una sola persona que no pueda ser salvada. Su sangre preciosa alcanza para todas las situaciones. Los tres casos siguientes del evangelio representan de alguna forma diferentes necesidades de la humanidad.

En la mujer adúltera Jesús no le hace alusión de su pasado, tampoco la condena, ni ella por su parte se siente condenada. Para ella hay un porvenir totalmente nuevo y abierto: " Vete y no peques más ". Su perdón la capacita para nunca más pecar.

El Rico Zaqueo, que cambia su vida. Al que nada le faltaba excepto estatura, para el llegó la salvación.

Le hizo ver que el hombre no puede satisfacerse con las riquezas de este mundo, que hay otra cosa más trascendental que las cosas que podamos tocar o contar: El Reino de los cielos. Zaqueo fue liberado de la codicia y comenzó a vivir en justicia y paz con todos los demás.

El ladrón arrepentido, lo habían condenado por ladrón y asesino el mismo se consideraba reo de muerte, pero recurrió a Jesús que estaba sufriendo el mismo suplicio, y Jesús le dio la vida para siempre, le reconcilió con Dios para la vida eterna.

en conclusión, podemos proclamar la buena noticia de que hace dos mil años, gracias a la muerte de Cristo Jesús, es posible experimentar la vida en abundancia. Sin embargo, no se trata de una solución más, sino la única: " No hay salvación en ningún otro, pues no se nos ha dado a los hombres ningún otro nombre debajo del cielo para salvarnos" (hechos 4,12).

En la cruz dio su vida por nosotros y en su resurrección nos ha dado su vida a nosotros. El misterio de nuestra salvación ha sido ya sellado hace dos mil años en el calvario y en la tumba vacía de las afueras de Jerusalén. Gracias a Él y por Él, podemos vivir en la vida nueva de un hijo y de un heredero de Dios. A quienes estábamos muertos nos repite: " Dios, rico en misericordia, por el inmenso con que nos ama, nos dio vida juntamente con Cristo (pues habéis sido salvados por pura gracia) cuando estábamos muertos por el pecado, nos resucitó y nos hizo sentar con Él en los cielos con Cristo Jesús (efesios 2,4-6).

Dios ya realizó lo que a Él le correspondía: posibilitar la salvación, que para nosotros era humanamente imposible. Ahora nos corresponde a nosotros aceptar y responder a esta propuesta divina. Así como en el camino por el desierto, cuando el pueblo de Dios

se vio atacado por las serpientes, Moisés labró una serpiente de bronce y la colocó en un mástil, para quien la viera, no muriera por la mordedura de las víboras, así también quien acepta que Jesús Salvador ya pagó el precio de su redención, se expone a los rayos de su salvación que dimanan de su muerte y su resurrección.

La fe y conversión

Esta fe, don de Dios, es al mismo tiempo la respuesta a su iniciativa, que expresa: " Sí te creo, y acepto cien por cien al que tú enviaste a este mundo para salvarme". Es confianza, dependencia y obediencia a Jesús Salvador, muerto y resucitado, que es el único mediador entre Dios y los hombres. La fe es la certeza de que Dios va a actuar conforme a las promesas de Cristo Jesús.

Por lo tanto la fe no es creer en algo sino en alguien; y confiar en su promesa sin límites ni condiciones. Tampoco es un asentimiento intelectual a cosas que no entendemos, sino una dependencia de Dios y a su plan salvífico. No se trata de un sentimiento, ni se mide por la emoción. La total justificación la obtiene por Jesucristo todo el que cree (Hechos 13,38).

La fe es pues la respuesta del hombre a la propuesta de la oferta de la salvación de Dios. Es un modo de relacionarse con Él, mediante una entrega sin condiciones, aceptando la salvación a través de Cristo Jesús. Es una decisión total del hombre que envuelve su ser entero y compromete toda su persona.

La fe, pues nos conecta directamente con la fuente de gracia y nos permite tener acceso a la presencia divina, libres de todo temor al castigo, porque ya nuestros pecados fueron perdonados y estamos en paz con Dios. No nos salvamos por nuestra propia capacidad, sino mediante la fe. San Pablo es enfático en este campo, afirmando que no es el cumplimiento de la ley ni las buenas obras lo que nos salva, sino la fe.

Habéis sido salvados gratuitamente por la fe; y esto no es cosa vuestra, es un don de Dios; no se debe a las obras, para que nadie se llene de vanidad (Ef 2,8-9).

Las obras buenas serán la manifestación y expresión de la salvación. Su ausencia demostrará, que no se trataba de una fe viva, sino muerta: " Pero sabemos que nadie se justifica por las obras de la ley, sino por la fe en Jesucristo; nosotros creemos en Cristo Jesús para ser justificados por la fe de Cristo, no por las obras de la ley; porque nadie será justificado por las obras de la ley " (Gál 2,16).

Quien intente salvarse por el cumplimiento de la ley o realizando buenas obras, no necesita de Jesús como Salvador, ya que él pretende ser su propio salvador. Por lo tanto la fe no es optativa. Es absolutamente necesaria y de ella depende la salvación. " El que crea y sea bautizado se salvará, pero el que no crea se condenará." (Mc 16,16).

Por eso, Pedro y Pablo terminan con una invitación a creer para apropiarse de todos los frutos de la redención: " Todos los profetas testifican que el que crea en Él recibirá, por su nombre, el perdón de los pecados" (He 10,43).

En concreto la fe nos lleva a creer que ya fuimos perdonados y vivir como tales, porque ya nuestra cuenta fue saldada y estamos en paz con Dios. ya no somos esclavos del pecado ni siervos de Satanás, sino plenamente libres de toda prisión y atadura. Se viven las primicias del Reino en nuestras relaciones con Dios, con los demás, con la creación y con nosotros mismos, instaurando el cielo nuevo y la tierra nueva.

La conversión

"Arrepentíos y convertíos para que sean borrados vuestros pecados" (He 3,19). La conversión no se limita a un cambio moral: Eso sería muy poco. Es un cambio; no por nuestras fuerzas y propósitos, sino por la fe que nos conduce a entregar nuestro ser pecador a Jesús y compartir su vida de Hijo de Dios. Él comienza a amar, servir y actuar en nosotros y a través nuestro. Entregamos a Jesús nuestra vida, tal y como está, a cambio de la suya de Hijo de Dios. Sobre todo le entregamos nuestra debilidad, nuestros ídolos que lo han suplantado y renunciamos a toda rebeldía que nos separa de Dios.

En la conversión cambiamos nuestra vida por la de Jesús. Se le da la espalda al pecado, pero sobre todo se le presenta la cara a Dios; o mejor dicho se le ofrece el corazón.

Otro aspecto de la conversión es el siguiente: vivir como hijos. Algunas personas han centrado su cristianismo en estar alejados del pecado, pero no tienen la alegría de vivir en fiesta, aun en medio de las adversidades de la vida,

Cuando se habla de la conversión de san Pablo, no se refiere a que haya dejado su vida de pecado, pues sabemos que era un ferviente fariseo y fiel cumplidor de los 613 mandatos de la ley judía. Saulo de Tarso se convirtió de justo a hijo. A raíz de su encuentro personal en el camino de Damasco, comenzó a vivir no tanto como siervo cumplidor de los mandatos de su amo, sino como hijo de Dios, con derecho a la herencia de todos los santos.

Todos necesitamos de la conversión. De una nueva conversión. Por esta razón, cada discurso Kerygmático, después de presentar a Jesús muerto, resucitado y glorificado, siempre culmina haciendo una llamada al corazón del hombre para que responda mediante la fe y el arrepentimiento.

La fe se manifiesta en la conversión, que es un cambio de vida.

Movidos por la fe que nos da la certeza de nuestra victoria sobre el mundo, renunciamos a todo pecado, idolatría y criterios de este mundo, para someternos cien por cien bajo el poder del evangelio, que es fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree. En estas palabras se confiesa a Jesús como salvador y se le proclama Señor.

Se confiesa a Jesús como el único y total salvador de toda la humanidad, pero de manera particular de cada uno de nosotros., renunciando cualquier otro medio de salvación que el mundo ofrezca.

Proclamar a Jesús Señor significa rendirse totalmente a Él, para que de ahora en adelante Él tome el timón de nuestra vida y dirija cada paso de nuestra existencia.

Innumerables casos del evangelio, por no decir todos, manifiestan como una expresión de fe desatan la acción salvífica de Cristo Jesús.

El ciego de Jericó, la sirofenicia, el centurión romano, el paralítico, el padre del epiléptico, etc.

Sin embargo esto sigue sucediendo hoy día, porque Jesús está vivo y tiene el mismo poder para cambiar las vidas y los corazones de las personas.

Dice san Pablo: "Si confiesas con tu boca que Jesús es el Señor y crees en tu corazón que Dios lo resucitó de entre los muertos, te salvarás. Con el corazón se cree para la justicia y con la boca se confiesa la fe para la salvación (Rom 10,9-10).

Jesús está a la puerta de cada uno de nosotros y nos invita a participar con Él de su vida nueva. Solo espera que le abramos la puerta. Él está llamando. Ciertamente nunca va a forzar la puerta. Sólo entrará si le abrimos voluntariamente. Escucha hoy su voz. No endurezcas tu corazón. Invítalo a pasar. No vas a perder nada, sino tus cadenas y pecados.

Don del Espíritu

Jesús ha venido a traer vida en abundancia, Pero Jesús murió y resucitó hace dos mil años, por lo que es lógica la pregunta: ¿Cómo se hace presente la salvación de Jesús en el día de hoy?.

El Espíritu Santo es quien hace efectiva dicha salvación, haciendo presente a Jesús. El espíritu toca los corazones para que se abran a la Palabra de la verdad. Él mismo llega al interior de cada persona, para convencerla de ser pecadora y necesitada de salvación; y no es nadie sino el Espíritu Santo quien hace presente hoy a Jesús como el único Salvador y Señor.

el Espíritu Santo hace nuevas todas las cosas al cambiar nuestros corazones de piedra por corazones de carne. Él nos hace criaturas nuevas y comienza a instaurar en este mundo el reino de Dios.

El corazón del hombre sólo puede ser renovado por Dios, su creador. nosotros podemos mudar las apariencias y hasta las formas externas de vida. Podríamos incluso cambiar de moral, pero el único que transforma el interior del hombre para hacerlo criatura nueva, es Dios mismo a través de su Espíritu Santo. Por eso una de las últimas palabras de Jesús en este mundo a sus discípulos, fue esta: " Os conviene que yo me vaya; porque sino me voy, el defensor no vendrá a vosotros; y si me voy, os lo enviaré; cuando venga Él, el Espíritu de la verdad, os guiará a la verdad completa" (Jn 16,7;15,26;16,13).

Se trata de un regalo gratuito, que no cuesta nada, porque Jesús ya pagó su propia sangre para conseguirlo para nosotros. Para beber del agua del Espíritu que brota del costado de Jesús necesitamos dos cosas: tener sed e ir a la fuente de la vida:

" El que tenga sed, que venga a mí; el que crea en mí que beba...

Eso lo dijo refiriéndose al Espíritu Santo que habrían de recibir los que creyeran en Él". (Jn 7,37-39).

El don del Espíritu es una promesa formal de Jesús que dijo:

" El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán".

Por tanto, estaba garantizando que no podía fallar.

Cincuenta días después de su muerte y resurrección, una vez que hubo ascendido al cielo, cumplió la promesa que tantas veces había hecho a los suyos: " Al llegar el día de pentecostés, estaban todos juntos en el mismo lugar, de repente un ruido del cielo, como de un viento impetuoso llenó toda la casa donde estaban. Se les aparecieron como lenguas de fuego, que se repartían y se posaban sobre cada uno de ellos. Todos quedaron llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en lenguas extrañas, según el Espíritu les movía expresarse ". (He 2,1-4).

Pentecostés es el cumplimiento de la promesa del Padre. Los apóstoles ahora ya cuentan con el abogado y Maestro que les revela la verdad completa. Poseen el

Espíritu de filiación que los libera del temor y los hace hijos y herederos de todas las bendiciones celestiales (Rom 8,17). Gracias al Espíritu Santo pueden llamar *Abba* a Dios y Señor a Jesús de Nazaret (Rom 8,15; 1Cor 12,3).

Cuando Pedro proclamó la victoria de Cristo Jesús sobre la muerte, la gente se quedó admirada y preguntaba que debía hacer para participar de esa vida en abundancia. El apóstol respondió: " Arrepentíos, y que cada uno de vosotros se bautice en el nombre de Jesucristo para el perdón de vuestros pecados; entonces recibiréis el Espíritu Santo. Porque la promesa es para vosotros y vuestros hijos, y también para todos los extranjeros que llame el Señor Dios nuestro" (he 2,38-39).

Jesús es el Mesías, lleno de Espíritu Santo, que es capaz de compartir su Espíritu con cada persona: Cuando la samaritana bebió del agua que salta hasta la vida eterna, inmediatamente cambió su vida. Si antes dudaba sobre la identidad de Jesús, en cuanto probó el agua viva corrió a su pueblo para testificar que acababa de encontrar al Mesías. El único que nos hace identificar y aceptar a Jesús como el Mesías prometido, es el Espíritu Santo.

El evangelio hace presente el poder del Espíritu, que es capaz de cambiar el mundo.

La ciudad de Corinto era tristemente famosa por sus depravaciones morales. Favorecida por su centro comercial con dos puertos, importaba y exportaba toda clase de maldad y de pecado. Sin embargo, un día llegó Pablo de Tarso, débil, tímido y tembloroso, pero con la manifestación del Espíritu, para lavar, justificar y santificar a quienes creyeron en la buena nueva de la salvación y cambiar por completo aquella situación. Sólo el Espíritu renueva la faz de la tierra.

En resumen, la vida en abundancia que Cristo vino a traer hace dos mil años, sólo se hace presente gracias al Espíritu Santo, que es derramado en los creyentes que han aceptado a Jesús como Salvador y lo han confesado como Señor de toda su vida.

Sólo el Espíritu Santo es quien puede producir en nosotros la vida nueva, pues es Él y solo Él quien nos hace nacer de nuevo, para transformarnos en criaturas nuevas en Cristo Jesús. Nadie puede ir a Jesús sino es por el Padre, que da el Espíritu Santo para conocer a Jesús no sólo en la cabeza, sino en la vida y con el Corazón.

La efusión del Espíritu es la puerta más maravillosa que se le puede presentar a un ser humano, pues es muestra clara del amor de Dios. ¿Qué debemos hacer para recibir este don?. Basta con creer en Jesús y reconocer que tenemos sed de esa agua viva que se llama Espíritu Santo. Por tanto, acerquémonos con fe y pidámosle que nos llene tanto de espíritu Santo, que nos inunde por dentro y por fuera; como un bautismo que nos sumerja, o mejor dicho que seamos sumergidos en Él.

De acuerdo a la necesidad de cada uno, así se le dará. A quien más necesite, mas se dará.

Oración

Padre Santo, envía desde el cielo tu promesa hecha a través de los profetas y que tu hijo mismo se comprometió a enviar. Cumple la palabra que empeñaste, y en la cual nosotros hemos creído, porque nos la ha transmitido tu Hijo, Jesucristo. Padre, Lléname de Espíritu Santo, para que participe de la nueva vida traída por tu Hijo, y pueda vivir como hijo tuyo en Cristo Jesús.

Señor Jesús, tú prometiste que a quien se acercara a ti reconociendo que necesitaba del agua viva que salta hasta la vida eterna, tú lo llenarías de Espíritu Santo.

Yo necesito esa fuente de vida eterna, que brota de tu corazón.

Estoy esperando con ansias mi pentecostés personal: llenarme del espíritu Santo, con sus frutos y carismas, para ser testigo con poder de tu resurrección.

Yo me aferro a tu promesa y creo firmemente que tú cumples tu palabra, porque eres el hijo de Dios, fiel y misericordioso.

Yo tengo sed y creo que tú estás lleno de Espíritu Santo, para compartirlo conmigo el día de hoy. Bautízame con tu Espíritu Santo, Señor y dador de vida.

Espíritu Santo, en el nombre de Jesús, ven a mi vida y dale sentido a toda mi historia.

Te abro las puertas para que entres hasta lo mas profundo de mí y dirijas toda mi existencia. Ven Espíritu Santo y llena todo mi ser: mi cuerpo y mi alma, mi inteligencia y mi voluntad.

La comunidad

No basta nacer a la vida nueva. Necesitamos crecer hasta la estatura de Cristo, y esto sería imposible sin la armonía de todo el cuerpo de Cristo.

La plenitud de la vida no se vive en el intimismo o el egoísmo de la individualidad. Sólo la experimentamos cuando formamos el cuerpo de Cristo Jesús, donde cada uno tiene su lugar, su carisma y su ministerio; sirviendo a los demás y siendo servido por el resto del cuerpo.

El culmen de la evangelización es la integración de las pequeñas comunidades, donde el amor se hace obvio y sé corresponsabilizan unos de los otros.

La comunidad es el desemboque lógico y normal de la evangelización. Es más, formar el Cuerpo de Cristo no es opcional o facultativo. Es imperativo.

" Porque así como en un cuerpo tenemos muchos miembros, pero no todos tienen la misma función, así nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo en Cristo y somos todos miembros unos de otros" (Rom 12,4-5).

No basta el encuentro personal con Jesús. Es necesario encontrar la totalidad de su cuerpo, que vive en los que invocan su nombre.

El encuentro con Jesús, lleva necesariamente el encuentro con el hermano. El primer mandamiento, amar a Dios, va unido al segundo: amar al prójimo. La salvación, como la luz, es expansiva por naturaleza. No se puede esconder debajo de la mesa, y se comparte con los demás, especialmente con los más necesitados. Jesús está presente en cada persona, que cualquier asistencia o indiferencia frente a las necesidades del hermano, se consideran hechas al mismo Jesús. (Mt 23,31-46).

Los convertidos, bautizados y llenos del Espíritu Santo el día de Pentecostés, integraron inmediatamente la comunidad cristiana. Apenas tres versículos después de la narración de las primeras conversiones, se nos certifica que nace la comunidad (He 2,42).

Para permanecer con Jesús, es necesario formar la comunidad cristiana.

-En la comunidad se recibe la enseñanza de los apóstoles, que comunican la doctrina de Jesús.

-Se participa de los bienes espirituales y materiales.

-Se comparte por medio de las oraciones la vida con Dios y con los hermanos.

-Se realiza la fracción del pan que es el culmen de la vida cristiana.

Nos iniciamos a la vida nueva, gracias al nuevo nacimiento, pero es necesario crecer hasta la estatura de Cristo Jesús, formando su cuerpo. Este proceso está claramente representado en el evangelio:

María Magdalena fue liberada de siete demonios, pero luego Jesús la integró a su comunidad, para restablecerla plenamente. Ella prestaba sus servicios a la comunidad y esto la ayudó a crecer en la responsabilidad, el amor y el servicio.

Jesús vino a este mundo a enseñarnos como vive un hijo de Dios.

Después nos envió su Espíritu Santo para capacitarnos a vivir como tales. Sin embargo, no se trata de reproducir muchos *Jesuses*, sino de formar uno solo: su cuerpo místico.

Se puede navegar solo por los siete mares en una balsa de papiro, o hay quien se atreve a escalar una alta montaña, solitario. Pero nadie, absolutamente nadie, ha osado cruzar el desierto solo. Es necesario la caravana de la comunidad cristiana que nos ayuda, impulsa y corrige, para llegar a la Tierra prometida.

No se puede crecer en Cristo de forma aislada. Necesitamos la unión y comunión con todo su cuerpo, que es la Iglesia. El nuevo evangelizado necesita formar parte de activa de la comunidad eclesial, comprometerse en una pequeña comunidad donde pueda seguir caminando y creciendo en la vida del Espíritu. El amor dado y recibido es el alimento y la garantía de la vida nueva, y el fruto que garantiza que el Espíritu de Dios ha sido derramado en nuestros corazones. La comunidad no es optativa, porque es el ambiente donde se hace presente la salvación ganada por Cristo Jesús y que el Espíritu Santo hace efectiva.

A cada uno corresponde tomar la decisión vital de vivir el cristianismo de la única forma que puede ser vivido: en la comunidad, renunciando al individualismo espiritual y formando el cuerpo de Cristo que dijo: "**Padre, que también ellos sean una sola cosa en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado**" (Jn17,21).